

SEPARANDO LO PRECIOSO DE LO VIL

Volumen 1 – Sermón No. 305

Traducción: estudialapalabra.org

**SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO 25 de MARZO DE 1860,
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN EXETER HALL, STRAND**

*“para que sepáis que Jehová hace diferencia entre los egipcios
y los israelitas”
Éxodo 11:7*

La diferencia entre los egipcios e Israel era sumamente manifiesta. A primera vista, parecía ser una gran ventaja para Egipto. Ellos tenían el látigo en la mano, y el pobre Israel sufría bajo los azotes. Egipto poseía el trabajo de los israelitas, los hijos de Jacob fabricaban ladrillos y los súbditos del faraón habitaban las casas que construían los hijos de Jacob. Sin embargo, ¡qué pronto cambiaron las cosas! Dios trajo plagas a Egipto, pero Gosén se salvó. Envió una densa oscuridad sobre toda la tierra, incluso oscuridad que podía sentirse, pero en toda la tierra de Gosén había luz.

Envió toda clase de moscas y piojos a todas sus fronteras, pero en todas las moradas de Israel no se vio ni una mosca, ni fueron molestados por los seres vivientes que subían del polvo agitado de la tierra. El Señor envió granizo y una pestilencia sobre todo el ganado de los egipcios, pero el ganado de los hijos de Israel fue perdonado, y sobre sus campos no cayó lluvia desoladora del cielo.

Por fin el ángel destructor desenvainó su reluciente espada para asestar su último golpe decisivo. En todas las casas de la tierra de Egipto hubo llanto y lamentos, hirió a los primogénitos de Egipto, a los jefes de todas sus fuerzas, pero en cuanto a su pueblo, lo condujo como a ovejas, lo llevó por el desierto como a un rebaño, de la mano de Moisés y Aarón.

Llegaron al Mar Rojo y Él dividió un camino para ellos, atravesaron el mar a pie, allí se regocijaron en Él. Las aguas se levantaron como un montón, y las profundidades se congelaron en el corazón del mar. Pasaron a través de las profundidades como a través de un desierto, lo que los egipcios intentando hacer fueron ahogados.

El Señor, en todas estas cosas, puso una gloriosa diferencia entre Egipto e Israel. La ardiente columna de nube que daba luz a Israel era oscuridad a los ojos de Egipto.

Cada vez que Dios bendecía a Israel, maldecía a Egipto, en el mismo momento en que enviaba la bendición a uno, enviaba la maldición al otro, miraba a Israel y las tribus se regocijaban, pero cuando miraba a los egipcios, su ejército se turbaba.

Ahora, en sus oídos en este día, se declara que Egipto e Israel son tipos de dos pueblos que habitan sobre la faz de la tierra: los hombres que temen al Señor y los hombres que no le temen. Los egipcios son las imágenes de los que están muertos en delitos y pecados, enemigos de Dios por obras inicuas, y extraños de la comunidad de Israel. Los israelitas, el antiguo pueblo de Dios, se nos presentan como los representantes de los que por gracia han creído en Cristo, temen a Dios y procuran guardar sus mandamientos.

La tarea de esta mañana consistirá en mostrarles, en primer lugar, la diferencia; en segundo lugar, cuándo se ve esa diferencia, y en tercer lugar, la razón por la que debe verse; sobre este último punto despertaré sus mentes, instándoles a hacer la diferencia cada vez más notable en su vida diaria.

I. En primer lugar, ***la diferencia***.

El Señor ha puesto una diferencia entre los que son Su pueblo y los que no lo son.

Hay muchas distinciones entre los hombres que un día serán borrados, pero permítanme recordarles de entrada que ésta es una distinción eterna. Entre las diferentes clases de hombres, los ricos y los pobres, hay canales de intercomunicación, y muy apropiadamente, pues cuanto menos se mantengan las distinciones de clase, mejor será para la felicidad de todos. La estructura social no se sostiene manteniendo un pilar a costa de otro o dorando el techo y descuidando los cimientos. La comunidad es una, y la prosperidad de una clase es proporcionalmente la prosperidad de todas. La mancomunidad es una, y la prosperidad de una clase es proporcionalmente la prosperidad de todas.

Pero hay una distinción tan amplia que verdaderamente podemos decir de ella: "Entre nosotros y vosotros hay un gran abismo", y cuanto más amplia sea la línea de demarcación, más feliz será la iglesia y mejor el mundo. Hay una distinción de anchura infinita entre el pecador, muerto en el pecado, y el hijo de Dios vivificado por el Espíritu, que ha sido adoptado en la familia del Altísimo. En cuanto a esta distinción, permítanme hacer las siguientes observaciones.

En primer lugar, la distinción entre justos e impíos es antiquísima. Fue ordenada por Dios desde antes de la fundación del mundo. En el pacto eterno Jehová escribió los nombres de sus elegidos, por los cuales Cristo se comprometió a ser su fiador y su sustituto para sufrir en lugar de ellos. Los compromisos del pacto fueron hechos para ellos, y sólo para ellos.

Sus nombres estaban inscritos desde antiguo en el Libro de Dios, y grabados en las piedras preciosas del pectoral de su gran Sumo Sacerdote. Estaban entonces en el pacto apartados, "Jehová apartó para sí al piadoso".

Mientras el mundo entero yacía en el maligno, estas preciosas joyas fueron seleccionadas del muladar de la caída. Ciertamente no eran mejores que otros hombres por naturaleza; sin embargo, la soberanía divina, unida al brazo de la gracia divina, seleccionó a algunos para que fueran vasos de misericordia, idóneos para el uso del Maestro, en quienes Jehová mostraría no sólo su longanimidad, sino la plenitud de su gracia y las riquezas de su amor.

Otras distinciones son meramente temporales, son cosas que crecieron ayer y morirán mañana, pero ésta es más antigua que las colinas eternas. Antes de que se extendiera el cielo estrellado, o se cavaran los cimientos de la tierra, el Señor había establecido una diferencia entre Israel y Egipto. Esto, sin embargo, es un poderoso misterio, y aunque debemos contarle tal como lo encontramos en la Palabra, no debemos entrometernos en él.

Dios ha hecho otra distinción, a saber, una distinción vital. Entre el justo y el impío hay una distinción esencial de naturaleza. Hay algunos de ustedes que imaginan que la única diferencia entre el verdadero cristiano y otro es precisamente ésta, que el uno es más atento a su lugar de adoración, que es más regular en la práctica de las ceremonias, que no podría vivir sin la oración privada, y cosas semejantes. Permítanme asegurarles que si no hay mayor diferencia que esta entre ustedes y otro hombre, ustedes no son hijos de Dios.

La distinción entre el inconverso y el convertido es mucho más amplia que esto. No es una distinción de vestido o de forma externa, sino de esencia y de naturaleza. Traed aquí una serpiente y un ángel, hay una distinción entre los dos de tal carácter, que la serpiente no podría convertirse en un ángel aunque hiciera todo lo posible, el ángel no podría comer el polvo que constituye el alimento de la serpiente, ni la serpiente podría alzar su voz y cantar el canto seráfico de los bienaventurados. Tan amplia es la distinción entre el hombre que teme a Dios y el que no le teme.

Si sigues siendo lo que siempre has sido por naturaleza, no puedes ser un verdadero cristiano, y es completamente imposible que llegues a serlo por todas tus acciones. Puedes lavarte y limpiarte, puedes vestirte y arreglarte, serás el hijo de la naturaleza finamente vestido, pero no el hijo vivo del cielo. Debes nacer de nuevo, debe haber una nueva naturaleza en ti, una chispa de divinidad debe caer en tu pecho, y debe arder allí. La naturaleza caída sólo puede elevarse a la naturaleza, así como el agua sólo fluirá tan alto como su fuente, y así como estás caído en la naturaleza, así debes permanecer, a menos que seas renovado por la gracia.

Dios, por su infinito poder, ha vivificado a su pueblo, lo ha sacado de su vieja naturaleza, ahora ama las cosas que antes aborrecía, y odia las cosas que antes amaba. Las cosas viejas con ellos "pasaron; he aquí todas son hechas nuevas".

El cambio no es que hablen más solemne y religiosamente, o que hayan dejado de ir al teatro, o que no gasten sus vidas en las frivolidades del mundo, ese no es el cambio; es una consecuencia de él, pero el cambio es más profundo y más vital que esto, es un cambio de la propia esencia del hombre. Ya no es el hombre que era antes, es "renovado en el espíritu de su mente", nacido de nuevo, regenerado, recreado, es extranjero y forastero aquí abajo, ya no pertenece a este mundo, sino al mundo venidero. El Señor, pues, a este respecto, ha puesto una diferencia entre Israel y Egipto.

Observemos además que esta diferencia de naturaleza va seguida de una diferencia en el trato judicial que Dios da a los dos hombres. Con ambos, Sus tratos son justos y correctos. Dios no permita que sea injusto con ningún hombre. El Señor nunca es severo más allá de lo que la justicia exige, ni misericordioso más allá de lo que la justicia permite.

Aquí viene el no renovado, el hombre impío, trae a colación sus buenas obras, sus oraciones, sus lágrimas, el Señor lo juzgará según sus obras, y ¡ay del día para él, será un día de dolor en verdad, porque pronto descubrirá que sus mejores obras son como trapos de inmundicia, y que todas sus buenas obras sólo parecían buenas porque estaba en la oscuridad, y no podía ver las manchas que tenían.

Otro hombre se acerca, es el hombre renovado. Dios trata con él justamente, es cierto, pero no según la escala de la ley, Él mira a ese hombre como aceptado en Cristo Jesús, justificado por la justicia de Cristo, y lavado en Su sangre, y ahora trata con ese hombre, no como un juez con un criminal, ni como un rey con un súbdito, sino como un Padre con un hijo.

Ese hombre es llevado al seno de Jehová, su ofensa es eliminada, su alma es constantemente renovada por la influencia de la gracia divina, y los tratos de Dios con él son tan diferentes de los tratos de Dios con otro hombre, como el amor de un esposo difiere de la severidad de un monarca indignado. Por una parte, es simple justicia; por otra, amor ferviente; por una, la inflexible severidad de un juez; por otra, el afecto sin límites del corazón de un padre. El Señor, pues, también en esto ha puesto diferencia entre Israel y Egipto.

Esta distinción se lleva a cabo en la providencia. Es cierto que, a simple vista, a ambos les sucede lo mismo, los justos sufren tanto como los malvados, y van a la tumba que está señalada para todos los vivientes; pero si pudiéramos mirar más de cerca en la providencia de Dios, veríamos líneas de luz que dividen el camino de los piadosos de la suerte de los transgresores.

Para el justo toda providencia es una bendición. Una bendición está envuelta en todas nuestras maldiciones y en todas nuestras cruces. Nuestras copas son a veces amargas, pero siempre son saludables. Nuestro dolor es nuestro bien. Nunca somos perdedores por nuestras pérdidas, sino que nos enriquecemos para con Dios cuando nos volvemos pobres para con los hombres.

Para el pecador, sin embargo, todas las cosas trabajan juntas para el mal. ¿Es próspero? Es como la bestia cebada para el matadero. ¿Está sano? Es como la flor que madura para la guadaña del segador. ¿Sufre? Sus sufrimientos son las primeras gotas de la granizada eterna de la venganza divina. Para el pecador, si pudiera abrir los ojos, todo tiene un aspecto negro. Las nubes son para él grandes truenos, y el mundo entero está lleno de terror. Si la tierra se saliera con la suya, sacudiría de su seno a los monstruos que olvidan a Dios.

Pero al justo todas las cosas le ayudan a bien. Sea malo o sea bueno, todo terminará bien, cada ola lo acelera a su puerto deseado, e incluso la brusca ráfaga expande sus velas, y lo impulsa más rápidamente hacia el puerto de la paz. El Señor ha puesto una diferencia entre Israel y Egipto en este mundo.

Sin embargo, esa diferencia se manifestará más claramente en el día del juicio. Entonces, cuando se sienta en el trono de su gloria, separará a los unos de los otros, como el pastor separa las ovejas de los cabritos. Clamará a sus ángeles y dirá: "Recoged de mi reino a todos los que delinquen y a los que hacen iniquidad". Entonces, con la hoz afilada en la mano, el ángel volará por en medio del cielo y segaré la cizaña y la reunirá en manojos para quemarla.

Pero bajando de Su trono, sin delegar la deleitosa tarea en un ángel, el Rey mismo, el Segador coronado, tomará Su propia hoz de oro, y recogerá el trigo en Su granero. Oh! entonces, cuando el infierno abra de par en par su boca y se trague a los impenitentes, cuando descendan vivos a la fosa, como lo hicieron antiguamente Coré, Datán y Abiram; entonces, cuando vean a los justos subir al cielo como una corriente de luz, con sus vestiduras brillantes y resplandecientes, gritar himnos triunfantes y sinfonías corales, entonces se verá que el Señor ha puesto una diferencia.

Cuando a través del abismo infranqueable el rico vea a Lázaro en el seno de Abraham; cuando desde el pozo más bajo del infierno el condenado vea al aceptado glorificado en la bienaventuranza, entonces resaltará la verdad escrita con letras de fuego: "Jehová ha puesto diferencia entre los egipcios e Israel."

II. Pasamos a nuestro segundo punto: ***¿cuándo se ve esta diferencia?***

Nuestra respuesta es, se ve a menudo en el templo de Dios. Dos hombres suben al templo para adorar, toman asiento uno al lado del otro en la casa de Dios, a ambos se les predica la Palabra, ambos la escuchan, tal vez con la misma atención, el uno sigue su camino para olvidar, el otro recuerda. Vuelven otra vez, el uno escucha y el ministro es para él como el que toca una buena melodía en un instrumento, el otro escucha y llora, siente que la Palabra es rápida y poderosa, más afilada que cualquier espada de dos filos. Llega a su conciencia, le traspasa, le hiere rápidamente, cada palabra parece como una flecha lanzada desde el arco de Dios y que encuentra un blanco en su conciencia.

Y ahora vuelven de nuevo. El uno siente por fin que la Palabra es suya, ha sido conducido al arrepentimiento y a la fe en Cristo por medio de ella, y ahora sube para cantar las alabanzas de Dios como Su hijo aceptado, mientras que el otro se queda para cantar como un mero formalista, para unirse a una adoración en la que siente muy poco interés, para levantar su voz en una oración cuando su corazón está muy ausente. Si yo tuviera aquí esta mañana un montón de limaduras de acero y de cenizas mezcladas, y quisiera detectar la diferencia entre las dos, no tendría nada que hacer sino introducir un imán, las limaduras serían atraídas y las cenizas permanecerían.

Así con esta congregación. Si quisiera saber hoy quiénes son los que pertenecen al Israel de Dios, y quiénes son todavía los viles egipcios, no hace falta nada más que predicar el Evangelio. El Evangelio encuentra al pueblo de Dios, tiene afinidad con él. Cuando llega a ellos, lo reciben, el Espíritu Santo de Dios abre sus corazones, se aferran a él y se regocijan en él, mientras que los que no son de Dios, que no tienen parte ni interés en la redención de Cristo, lo oyen en vano e incluso se endurecen por él, y siguen su camino para pecar con mano más alta, después de todas las advertencias que han recibido.

Vamos, oyentes míos, para llegar directamente a ustedes, ¿han visto alguna vez esta diferencia entre ustedes y otro hombre? ¿Oyes el Evangelio ahora como nunca lo has oído antes? Esta es la era del oír, hay más personas asistiendo a nuestros lugares de adoración ahora que nunca antes, pero aun así, no son los oidores, sino los hacedores de la Palabra los que son bendecidos.

Di, pues, ¿Has oído la Palabra como nunca la habías oído antes? ¿La escuchas, esperando que te bendiga, deseando que tu conciencia se someta a ella, como el oro se somete a la mano del orfebre? Si es así, ¡he ahí la primera señal de una diferencia que Dios ha puesto entre vosotros y los egipcios!

Pero esto va más allá. Si el israelita es consecuente con su deber, como creo que debe serlo, dentro de poco siente que le incumbe salir del resto de la humanidad y unirse a la iglesia de Cristo.

"Jehová ha puesto una diferencia," dice él, "ahora mostraré esta diferencia. Mi Maestro ha dicho: 'El que creyere y fuere bautizado, será salvo'. Yo no confío en el bautismo, pero debo mostrar que ya no soy lo que era. Deseo ser obediente a mi Señor y Maestro. Deseo cruzar el Rubicón. Desenvainar mi espada contra el mundo, tirar la vaina de una vez para siempre".

"Anhelo hacer algo que haga ver al mundo que estoy crucificado a él, y que él está crucificado a mí. Déjenme entonces ser sumergido en agua, 'en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo,' como la imagen de mi muerte a todo el mundo. Que me levante del agua, como imagen de mi resurrección a una vida nueva, y que Dios me ayude a partir de esa bendita hora a seguir mi camino caminando como alguien que no es del mundo, así como Cristo no es del mundo".

Tan a menudo como se extiende la mesa, sobre la cual celebramos el memorial del cuerpo y la sangre de Cristo, Dios vuelve a sellar esa diferencia. A los inconversos, si el ministro es fiel, se les advierte que sigan su camino, porque si comen allí, comerán y beberán condenación para sí mismos, sin discernir el cuerpo del Señor. Se les invita a venir, y sólo a ellos que son creyentes en Jesús, que tienen la esperanza de que son hombres cambiados, y que han sido renovados por la gracia divina en el espíritu de sus mentes. Así mostramos al mundo en los dos símbolos externos que el Señor ha puesto una diferencia.

Pero además, toda la vida de un cristiano, si es lo que debe ser, es mostrar al mundo que el Señor ha puesto una diferencia. He aquí dos hombres en prueba, el mismo problema les ha sobrevenido a ambos, son socios en un negocio, todo su dinero ha desaparecido, la casa se ha ido a la ruina, han caído en la mendicidad, y tienen que comenzar de nuevo en el mundo.

Ahora bien, ¿cuál de estos dos es el hombre cristiano? Hay uno dispuesto a rasgarse las vestiduras; no puede soportar que haya trabajado toda su vida y ahora sea pobre como Lázaro. Piensa que la providencia es injusta. "Hay muchos vagabundos", dice, "que se enriquecen, y aquí estoy yo, después de trabajar duro y pagar a cada uno lo suyo, abatido hasta el suelo, sin que me quede nada".

Pero el hombre cristiano, si realmente es cristiano (observen esto, pues hay muchos que profesan ser cristianos y no lo son, y es el viento áspero el que los pone a prueba), dice: "Jehová dio, y Jehová quitó; bendito sea el nombre de Jehová". "Yo sé", dice, "que todas las cosas cooperan para bien. Pondré mi hombro en la lid, y trabajaré una vez más", y así, con valor y con confianza en Cristo, va de nuevo a su trabajo, y Dios le bendice una vez más, es más, le bendice en sus pruebas más de lo que jamás fue bendecido en su prosperidad.

Aquí están de nuevo dos hombres, ambos han estado haciendo el mal, y cuando el justo cae tanto como el impío, ¿quién va a notar la diferencia? A la mañana siguiente, uno de ellos se levanta y está muy tranquilo acerca del asunto, no tiene heridas en su conciencia, o si está inquieto, es porque teme ser descubierto. Es como uno que, habiendo caído en el lodo, se acuesta y se revuelca allí.

Pero aquí viene el cristiano. Siente que ha obrado mal. "¿Qué haré", dice, "para reparar ante el hombre y mostrar mi arrepentimiento ante Dios?". Estaría dispuesto a arrodillarse ante cualquiera a quien haya herido y confesar cuán equivocado ha estado. Se odia a sí mismo, se aborrece a sí mismo porque ha obrado mal. Preferiría morir antes que pecar, y ahora que descubre que ha pecado, desearía haber muerto antes de haber deshonrado a su Señor y Maestro.

Si ves a una oveja caer en el cieno, se levanta con bastante rapidez; pero si el cerdo cae allí, se revuelca en él una y otra vez, y nada más que el látigo o el palo pueden hacer que se levante. De modo que hay una diferencia esencial entre el justo y el impío, incluso en sus pecados. "El justo cae siete veces, pero se levanta", mientras que el impío se revuelca y se deleita en su pecado, permaneciendo y continuando en él. Dios ha establecido una diferencia, e incluso cuando esa diferencia está oscurecida todavía puede ser discernida.

Hay un tintineo en el cristiano que no debe confundirse. Haced lo que queráis con él, pero no es como los demás, y no podéis hacer que lo sea. Aquí hay una moneda nueva que se parece asombrosamente a un soberano, y le doy la vuelta, es una falsificación tan ingeniosa que no puedo descubrir si es de oro o no. Aquí hay otra, que me parece un soberano ligero. Las miro a las dos, y a primera vista me inclino a pensar que mi soberano de nueva acuñación es la mejor de las dos, pues, digo, la otra está evidentemente muy gastada y es ligera.

Pero hay un tintineo en el cristiano que demuestra que, después de todo, es oro, incluso cuando está gastado y tiene poco peso. Puedes desfigurarlo de tal manera que la imagen del rey no sea aparente en él, pero él es oro a pesar de todo, sólo necesita ser probado, y en la hora de la prueba ese sonido dorado de la gracia lo detectará, y probará aún ser alguien en quien Dios ha hecho una diferencia.

Esta distinción también sale a relucir en un hombre piadoso cuando está bajo la presión de alguna fuerte tentación. Hay dos comerciantes, ambos parecen comerciar de la misma manera, pero al fin se les presenta una rara oportunidad. Si no tienen conciencia pueden hacer una fortuna. Ahora será la prueba.

Un hombre busca la oportunidad y la aprovecha sin escrúpulos. Ese hombre no es cristiano, dalo por seguro. Hay otro hombre, que siente un anhelo por la ganancia, pues es humano, pero su corazón odia el pecado, pues está renovado por la gracia divina. "No", dice. "Mejor cerrar la tienda que ganarme la vida con deshonestidad, mejor que me arruine en esta vida a que me arruine en el mundo venidero".

La máxima del establecimiento del otro lado de la carretera es "Debemos vivir", la máxima de esta tienda será "Debemos morir". Ustedes que son clientes pronto sabrán en qué lugar serán tratados con la mayor honestidad, y allí descubrirás en cierto grado que el Señor ha puesto una diferencia entre Egipto e Israel.

Pero para no mantenerte mucho en este punto, esa diferencia resplandece muy vívidamente en la hora de la muerte. ¡Oh, qué clara es esa diferencia a veces! La última vez que el cólera visitó Londres con severidad, aunque yo tenía muchos compromisos en el campo, renuncié a ellos para permanecer en Londres. Es deber del ministro estar siempre en el lugar en tiempos de visitación y enfermedad. Nunca en mi vida vi tan claramente la diferencia entre el hombre que teme a Dios y el hombre que no le teme, como entonces.

Un lunes por la mañana, a eso de las tres y media, me llamaron para que fuera a ver a un hombre que se estaba muriendo. El domingo por la mañana había ido de excursión a Brighton y había regresado enfermo, y allí yacía, al borde de la tumba. Me puse a su lado y le hablé. La única conciencia que tenía era un presentimiento de terror, mezclado con el estupor de la alarma; pronto incluso eso se desvaneció y tuve que quedarme allí suspirando con una pobre anciana que había velado por él, totalmente desesperanzada por su alma.

Me fui a casa. Me llamaron para ver a una joven. También ella estaba en las últimas, pero era un espectáculo hermoso, estaba cantando, aunque sabía que se moría, hablando con los que la rodeaban, diciendo a sus hermanos y hermanas que la siguieran al cielo, despidiéndose de su padre, sonriendo como si fuera un día de boda. Estaba feliz y dichosa. Entonces vi muy claramente que, si no hay diferencia en la alegría de la vida, sí la hay cuando llegamos a la hora de morir.

Pero el primer caso que mencioné no es el peor que he visto. He visto morir a muchos, cuyas historias no sería bueno relatar. Los he visto cuando sus globos oculares han estado brillando fuera de sus órbitas, cuando han conocido a Cristo y han oído el Evangelio, pero sin embargo lo han rechazado. Han estado muriendo en agonías tan extremas que uno sólo podía huir de la habitación, sintiendo que era algo espantoso caer en las manos de un Dios airado, y entrar en ese fuego que todo lo devora. En el lecho de muerte se manifestará que el Señor ha puesto una diferencia entre Israel y Egipto.

III. Me he apresurado sobre estos dos primeros puntos porque quiero insistir muy fuerte y solemnemente sobre el último. Hemos hablado de la diferencia que se ve entre el justo y el impío. Mi último punto es: ***¿por qué se debe ver esa diferencia?***

Tengo aquí un objetivo y una orientación prácticos, y espero que si el primer sermón ha caído muerto sobre ustedes, esto al menos pueda avivar su conciencia.

Esta es una época que tiene muchos signos esperanzadores, pero sin embargo, si juzgamos según la regla de la Escritura, hay algunas marcas muy negras en este siglo. A veces temo que la única época a la que realmente podemos compararnos es la anterior al diluvio, cuando los hijos de Dios se casaron con las hijas de los hombres, y cuando dejó de haber distinción entre la Iglesia y el mundo.

No es sino parte de la franqueza reconocer que hoy en día hay tal mezcla, tal compromiso, tal dar y recibir en ambos lados de las cuestiones religiosas, que somos como una masa fermentada, mezclada y unida. Todo esto está mal, porque Dios siempre ha querido que haya una distinción entre justos e impíos, tan clara y tan palpable como la distinción entre el día y la noche.

Mi primer argumento es el siguiente. Siempre que la Iglesia se ha diferenciado completamente del mundo, ha prosperado. Durante los primeros tres siglos, el mundo odiaba a la Iglesia. La prisión, la estaca, los tacones del caballo salvaje, todo esto se consideraba demasiado bueno para los seguidores de Cristo. Cuando un hombre se hacía cristiano, renunciaba a su padre y a su madre, a su casa y a sus tierras, e incluso a su propia vida.

Cuando se reunían, debían hacerlo en las catacumbas, encendiendo velas en pleno mediodía, porque había oscuridad en las profundidades de la tierra. Eran despreciados y rechazados por los hombres. "Vagaban con pieles de oveja y de cabra, desamparados, afligidos, atormentados". Pero entonces fue la edad de los héroes, fue el tiempo de los gigantes. Nunca la iglesia prosperó tanto y prosperó tan verdaderamente como cuando fue bautizada en sangre. El barco de la Iglesia nunca navega tan gloriosamente como cuando el rocío sangriento de sus mártires cae sobre su cubierta.

Debemos sufrir y debemos morir si queremos conquistar este mundo para Cristo. ¿Hubo alguna vez un milagro tan sorprendente como la difusión del Evangelio durante los dos o tres primeros siglos? En los cincuenta años siguientes a la ascensión de Cristo al cielo, el Evangelio se predicó en todas las partes conocidas del mundo, y hubo conversos a Cristo en las regiones más inhóspitas.

El Evangelio había volado más lejos que los barcos de Tarsis; las columnas de Hércules no habían limitado la labor de los apóstoles. El Evangelio fue proclamado a tribus salvajes e incivilizadas, a pictos y escoceses y a feroces británicos. Se fundaron iglesias, algunas de las cuales han perdurado en su pureza hasta nuestros días. Y todo esto, creo, fue en parte el resultado de esa llamativa, esa marcada diferencia entre la iglesia y el mundo.

Ciertamente, durante el período posterior a que Constantino profesara ser cristiano, cambiando con los tiempos porque vio que eso fortalecería su imperio, desde el momento en que la iglesia comenzó a vincularse con el estado, el Señor la abandonó, la entregó a la esterilidad, e Icabod fue escrito en sus paredes.

Fue un día negro para la cristiandad cuando Constantino dijo: "Soy cristiano". "Con este signo venzo", dijo. Sí, era la verdadera razón de su pretendida conversión. Si podía conquistar por la cruz estaba bien, si hubiera podido conquistar por Júpiter le hubiera parecido igual de bien.

Desde entonces, la Iglesia comenzó a degenerarse. Y llegando a la Edad Media, cuando no se podía distinguir a un cristiano de un mundano, ¿dónde se podía encontrar piedad, vida o gracia en las tierras?

Entonces vino Lutero, y con un áspero entendimiento separó a la Iglesia del mundo, la apartó a riesgo de hacerla pedazos. No quería que se relacionara con el mundo, y entonces "Los reyes de la tierra se levantaron, y los gobernantes se pusieron de acuerdo, contra el Señor y contra su Ungido", pero el que está sentado en los cielos se rió de ellos, Jehová se burló de ellos.

La iglesia salió a conquistar y a vencer, y su arma principal fue su inconformidad con el mundo, su salir de entre los hombres. Ponga su dedo en cualquier página próspera de la historia de la iglesia, y encontrará una pequeña nota marginal que diga así: "En esta época los hombres podían ver fácilmente dónde comenzaba la iglesia y dónde terminaba el mundo". Nunca hubo buenos tiempos cuando la iglesia y el mundo estaban unidos en matrimonio el uno con el otro.

Pero aunque éste fuera argumento suficiente para mantener a la Iglesia y al mundo separados, hay muchos otros. Cuanto más se distingue la Iglesia del mundo en sus actos y en sus máximas, tanto más verdadero es su testimonio de Cristo y tanto más potente es su testimonio contra el pecado. Somos enviados a este mundo para testificar contra los males, pero si nosotros mismos caemos en ellos, ¿dónde está nuestro testimonio? Si nosotros mismos somos hallados defectuosos, somos falsos testigos, no somos enviados de Dios, nuestro testimonio no tiene efecto.

No dudo en afirmar que hay decenas de miles de cristianos profesantes, cuyo testimonio ante el mundo es más bien perjudicial que beneficioso. El mundo los mira y dice: "Bueno, ya veo, puedes ser cristiano y, sin embargo, seguir siendo un deshonesto". "¡Ah!", dice otro, "puedes ser cristiano, me doy cuenta, pero entonces tendrás que ser desdichado y miserable". "¡Ah!" grita otro, "a estos cristianos les gusta beber el pecado en secreto detrás de la puerta. Su cristianismo radica en que no les gusta pecar abiertamente, pero pueden devorar la casa de una viuda cuando nadie está mirando, pueden ser borrachos, sólo que debe ser en una fiesta muy pequeña, no les gustaría ser descubiertos borrachos donde hubiera cien ojos que los miraran".

Ahora bien, ¿qué es todo eso? Es sólo esto, que el mundo ha descubierto que la iglesia visible no es la iglesia sin mezcla de Cristo, puesto que no es fiel a sus principios y no defiende la rectitud y la integridad que son las marcas de la genuina iglesia de Dios. Muchos cristianos se olvidan de que dan testimonio, piensan que nadie se fija en ellos.

Ay, pero lo hacen. No hay gente tan vigilada como los cristianos. El mundo nos lee, desde la primera letra de nuestras vidas hasta el final, y si pueden encontrar un defecto, y que Dios nos perdone, pueden encontrar muchos, están seguros de magnificar el defecto tanto como puedan. Seamos, pues, muy vigilantes, que vivamos cerca de Cristo, que andemos siempre en sus mandamientos, para que el mundo vea que el Señor ha puesto una diferencia.

Pero ahora tengo algo muy triste que decir; desearía poder retenerlo, pero no puedo. A menos, hermanos y hermanas, que se ocupen diariamente de ver que hay una diferencia entre ustedes y el mundo, harán más daño del bien que posiblemente pueden hacer. La iglesia de Cristo es responsable en este día de muchos temibles pecados. Permítanme mencionar uno que no es sino el tipo de otros.

¿De qué manera piensan que fueron los grilletes remachados en la muñeca de nuestro amigo que está sentado allí, un hombre como nosotros, aunque de piel negra? Es la iglesia de Cristo la que mantiene a sus hermanos bajo esclavitud; si no fuera por esa iglesia, el sistema de esclavitud volvería al infierno del que surgió. Si no hubiera azotadores de esclavos, si no fuera porque hay hombres aptos para un oficio tan degradante, si no se encontraran ministros cristianos que puedan defender la esclavitud desde el púlpito, y miembros de la iglesia que vendan a los hijos de seres más nobles que ellos; si no fuera por esto, África sería libre.

Albert Barnes dijo la verdad cuando afirmó que la esclavitud no podría existir ni una hora si no fuera por el apoyo de la Iglesia cristiana. Pero ¿qué dice el que posee esclavos cuando se le dice que mantener a nuestros semejantes en esclavitud es un pecado, y uno condenable, inconsistente con la gracia?

Responde: "No creo en vuestras calumnias, mirad al obispo de tal y tal, o al ministro de tal o cual lugar, ¿no es un buen hombre, y no grita 'Maldito sea Canaán'? ¿No cita a Filemón y a Onésimo? ¿No va y habla de la Biblia, y les dice a sus esclavos que deberían sentirse muy agradecidos por ser sus esclavos, porque Dios Todopoderoso los hizo a propósito para que pudieran disfrutar del raro privilegio de ser azotados por un amo cristiano? No me digas", dice, "si la cosa estuviera mal, no tendría a la iglesia de su parte". Y así, la iglesia libre de Cristo, comprada con Su sangre, debe soportar la vergüenza de maldecir a África y mantener a sus hijos en la esclavitud. De este mal, buen Señor, líbranos.

Si los mercaderes de Manchester y los comerciantes de Liverpool tienen parte en esta culpa, al menos dejemos que la Iglesia esté libre de este crimen infernal. Los hombres se han esforzado por hacer que la Biblia apoye esta suma de todas las villanías, pero la esclavitud, la cosa que contamina a la Gran República, tal esclavitud es bastante desconocida para la Palabra de Dios, y por las leyes de los judíos era imposible que alguna vez pudiera existir. He conocido a hombres que citan textos como excusas para ser condenados, y no me sorprende que los hombres puedan encontrar Escrituras que los justifiquen en la compra y venta de las almas de los hombres.

¿Y qué creen que es, volver a nuestra propia tierra, que sostiene el sistema de comercio que se lleva a cabo entre nosotros? Todos ustedes saben que hay negocios donde no es posible que un joven sea honesto en la tienda, donde, si dijera la pura verdad, sería despedido. ¿Por qué, pensáis vosotros, se mantiene el sistema de etiquetar las mercancías distintas de las que se venden en el interior, o de exhibir una cosa y luego dar otro artículo, el sistema de decir mentiras piadosas al otro lado del mostrador con la intención de conseguir un mejor precio?

No resistiría ni una hora si no fuera por los cristianos profesos que la practican. No tienen el valor moral de decir de una vez por todas: "No tendremos nada que ver con estas cosas". Si lo hicieran, si la iglesia renunciara a estas costumbres impías, el negocio cambiaría en los próximos doce meses. Los puntales del grave delito y los apoyos de la pillería son estos hombres que profesan ser cristianos, que doblan la espalda para hacer lo que otros hombres hacen, que, en lugar de detener el torrente, se rinden y nadan con él, los peces muertos de nuestras iglesias, que fluyen con la corriente, a diferencia de los peces vivos que siempre van contra ella y nadan hacia arriba, hacia la fuente del río.

No quiero hablar con demasiada severidad de la Iglesia de Cristo, porque la amo, pero como la amo, debo decir esto. Nuestro ser tan semejante al mundo, nuestro comerciar como el mundo comercia, nuestro hablar como el mundo habla, nuestro insistir siempre en que debemos hacer lo que otras personas hacen, esto está haciendo más mal al mundo de lo que todos nuestros predicadores pueden esperar hacer bien.

"Salid de en medio de ellos, no toquéis lo inmundo, apartaos, dice Jehová, y yo seré para vosotros por padre, y vosotros me seréis hijos e hijas".

Esto seguramente, un duro argumento, podría movernos a estar separados del mundo. Pero una vez más, ¿cómo es posible que honremos a Jesucristo, mientras no haya diferencia entre nosotros y el mundo? Puedo imaginar que un hombre puede no profesar ser cristiano, y sin embargo puede honrar a su Maestro, que sin embargo, es una cuestión de imaginación. No conozco ningún caso, pero no puedo imaginarme a un hombre que profesa ser cristiano y luego actúa como actúa el mundo y, sin embargo, honra a Cristo.

Creo que veo a mi Maestro ahora que está ante mí. Tiene más que esas cinco benditas heridas. Veo sus manos manchadas de sangre. "¡Mi Maestro! ¡Mi Maestro!" grito, "¿de dónde te has hecho esas heridas? no son las de los clavos, ni las de la lanza, ¿de dónde vienen esas heridas?". Le oigo responder afligido: "Son las heridas que he recibido en casa de Mis amigos, tal y tal cristiano cayó, tal y tal discípulo Me siguió de lejos, y al fin, a lo Pedro, Me negó del todo. Tal de Mis hijos es codicioso, tal otro de ellos es orgulloso, tal otro ha tomado a su prójimo por el cuello y le ha dicho: 'Págame lo que quieras', y Yo he sido herido en casa de Mis amigos."

Oh, bendito Jesús perdónanos, perdónanos, y danos tu gracia para que no lo hagamos más, porque te seguiríamos a dondequiera que vayas, Tú sabes Señor que seríamos tuyos, te honraríamos y no te contristaríamos. Oh, danos ahora tu propio Espíritu, para que salgamos del mundo y seamos como Tú mismo, santos, inofensivos, sin mancha y separados de los pecadores.

Sólo tengo estas dos cosas que decir, y habré terminado. A los profesantes de religión esta palabra. Hay algunos de ustedes, profesantes de religión, que son viles monedas. Cuando vienen a la mesa del Señor mienten, y cuando dicen de sí mismos: "Soy miembro de tal o cual iglesia", dicen lo que es una vergüenza para ellos. Ahora permítanme recordarles, señores, que pueden sostener su profesión aquí, pero cuando al fin comparezcan ante el tribunal de Dios, encontrarán que es algo terrible no haber tenido una profesión real.

Temblad, señores, a la diestra de Dios. Allí está puesta la balanza, y ustedes deben ser puestos en ella, y si son hallados deficientes, su porción estará entre los engañadores, y ustedes saben dónde está, en el pozo más bajo del infierno. Tiembla, señor diácono, tiembla, miembro de la iglesia, si no eres lo que profesas ser, te espera una condenación más feroz y más terrible que la de los impíos y los réprobos.

De la cima de tu profesión serás derribado. Has construido tu nido entre las estrellas, pero deberás hacer tu cama en el infierno. Has engalanado tu cabeza con una corona, pero tendrás que llevar una corona de fuego, tendrás que arrancarte esas finas vestiduras, ese oropel y esa pintura tendrán que ser quitados, y tú, desnudo para tu vergüenza, siendo el blanco de las burlas de los demonios, te convertirás en un objeto del silbido incluso para los condenados del infierno, cuando te señalen y griten: "Ahí va el hombre que se destruyó a sí mismo engañando a otros. Ahí está el infeliz que hablaba de Dios y hablaba de Cristo, y no se creía tal como nosotros, y ahora también él está atado en el manojó para ser quemado."

La última palabra es para aquellos que no son profesantes en absoluto. Dios ha hecho una diferencia entre ustedes y los justos. Oh, mis queridos amigos, les suplico que den vuelta a ese pensamiento en sus mentes. No hay tres caracteres, no hay eslabones intermedios, no hay frontera entre el justo y el impío. Hoy eres amigo de Dios o enemigo de Él. En esta hora, o son vivificados o están muertos, y, ¡oh! recuerden que cuando llegue la muerte, o es el cielo o es el infierno; o los ángeles o los demonios han de ser sus compañeros, y, o las llamas han de ser su lecho y su manto de fuego, o las glorias de la eternidad han de ser su herencia perpetua.

Recuerda, el camino al cielo está abierto. "El que crea en el Señor Jesús será salvo". Cree en Él, cree en Él y vive. Confía en Él, y serás salvo. Deposita la confianza de tu alma en Jesús, y ya estás liberado. Que Dios te ayude a hacer eso ahora, y ya no habrá diferencia entre tú y los justos, sino que serás de ellos, y con ellos, en el día en que Jesús venga para sentarse en el trono de Su padre David, y reinar entre los hombres.